



VISTA DE ROMA.

EL LOCO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

—Hoy hace dos años, D. Rodrigo, que mi maldición cayó sobre la cabeza de mi desgraciada hija, y la infeliz sucumbió bajo el peso de sus desgracias y su desesperación.

—Olvidad, buen conde, vuestra injusticia, y perdonaos, como Dios os habrá perdonado.

—¡Oh amigo mío! cuando la noticia de su muerte llegó á mis oídos, mi cólera fué reemplazada por atroces remordimientos, que han ido desgastando lentamente mi corazón.

Así hablaban montados sobre belicosos trotones dos caballeros castellanos.—El calor les había obligado á desnudarse del pesado casco. La tristeza era el único sentimiento que se advertía en el rostro de uno de ellos. Su cabeza cubierta de largas canas formaba un contraste singular con la negrura de su caballo y el color melancólico de sus armas.—El otro desconocido montaba un fogoso alazan, que tascando el duro freno, se encabritaba por libertarse de la rienda que le sujetaba á la mano de su diestro jinete. Había este entrado ya en el segundo tercio de la vida, edad feliz en que apagado en el hombre el primer ardor de las pasiones, solo quedan al corazón sensaciones tranquilas. Las ilusiones desaparecen entonces, y la severa razón coloca su trono sobre las cenizas que dejan aquellas.—Un largo silencio sucedió al diálogo antecedente.

—¿No veis á la derecha un castillo?

—Sí; arruinadas estan sus torres, y no se divisa soldado alguno sobre sus almenas.

Diciendo estas palabras, el afligido anciano picó su negro corcel, su compañero siguió su ejemplo, y en pocos momentos salvaron la distancia que los separaba del ruinoso edificio.—Era este una de aquellas fortalezas en que se encerraban los grandes, cuando olvidando el respeto que debían á su monarca, se rebelaban contra sus órdenes. El tiempo había deteriorado las inmensas moles que componían el castillo, ofreciendo sin embargo un asilo seguro contra las revueltas de aquella época, en que la ley era la espada, y la razón la fuerza.

En medio de una bóveda oscura se alzaba un túmulo cubierto de paño negro: varias armas se veían colgadas en desorden de las húmedas paredes: otro paño trasparente ocultaba un objeto: al pie de él se hallaba sentado un jóven.—Su edad frisaba en los veintisiete años; negros eran sus ojos y melancólicos, y negra también la espesa barba que le pendía hasta el pecho. Sus largos cabellos esparcidos y en desorden daban un aspecto siniestro á toda su figura; y el desaliño de sus vestidos formaba un raro contraste con la hermosura de sus facciones y la altivez de su frente. Contemplaba este ser misterioso, como sumergido en dulce arrobamiento, al objeto que yacía oculto bajo el trasparente velo.—El ruido que hicieron al llegar dos figuras armadas de punta en blanco, le sacó de su letargo.—Entonces se levantó precipitadamente, y sacudiendo con fuerza la mano del mas anciano, le gritó separándole de la puerta:

—Atrevido, ¿qué vas á hacer? ¿impedirme el paso?

1.º DE OCTUBRE DE 1854.

El anciano, al oír aquella voz, exclamó cayendo de rodillas:

—Te doy gracias, Dios mío! ¡Ramiro, Ramiro!

El conde había reconocido al esposo de su hija.

—¿Quién me llama? ¿De dónde me conoces? Silencio, por Dios! Si el conde sabe que estoy aquí, me perseguirá y no podré partir á encontrarla.

—¡Infeliz, en qué estado te vuelvo á ver!

—Y tú que has acertado mi nombre, dijo Ramiro, ¿la conociste? Prométeme guardar secreto, y te la enseñaré.

Alza entonces con mano trémula el velo que momentos antes contemplaba extasiado, y presentó á la vista de los guerreros un busto groseramente labrado, y en el que el conde creyó encontrar alguna semejanza con el rostro de su hija.

—¿La ves? continuó Ramiro.—Ella se apartó de mí; y yo que no podía vivir lejos de su lado, he formado otra Julia.—A mi me debe mas que á su padre; á este le debe el ser, pero á mi me debe un segundo ser, y los días de felicidad que ha gozado sobre la tierra. Aquí, sobre ese banco, al pie de esa imagen, he pasado las noches esperando que me llamase. Cuando se despidió de mí.... porque no ha muerto todavía, ¡oh!... Si hubiese muerto, Ramiro la hubiera seguido al sepulcro. Cuando se despidió de mí me dijo: Ramiro... si dentro de dos años no he vuelto, sigue una luz que verás, y al término del camino, allí estaré yo: si la luz no pareciese, enciéndela tú; guarda que el viento no la apague.—Entonces sentirás el suave olor de abracados perfumes; oirás el armonioso cántico de los ángeles.... Mira, dijo dirigiéndose á un rincón de la estancia, ¿ves esta urna? Contiene tantas piedras como días han pasado; ayer se cumplieron los dos años, y viendo que la luz bienhechora no parecía, he colocado un gran número de ellas en diversos parajes del castillo.

—No puedo mas... exclamó el conde; ¡Ramiro!... Reconoce en mí á ese bárbaro padre; al verdugo de tu desventurada esposa.»

Un sudor frío cubrió la frente de Ramiro; su mano trémula apartaba maquinalmente los cabellos que en desorden ocultaban parte de su rostro.—Sus ojos fijos en la urna que estaba á sus pies, manifestaban el estravío de su razón y la distracción total en que el hombre se sumerge cuando, ocupado de una sola idea, quiere recordar algun suceso lejano, pero que la memoria, mas débil, no ha podido retener. Al fin, con risa amarga le contestó:

—¡Ah! no eres tú!... si tú fueras el conde, ya me hubieras atravesado el corazón.

Un humo espeso y sofocante empezó á penetrar en aquella bóveda.—Los escuderos del conde y de D. Rodrigo entraron precipitados, gritando que todo el edificio era presa de las llamas. Las luces que Ramiro había encendido, prendieron fuego al castillo. Lánzase el conde sobre Ramiro, quien al divisar el resplandor de las llamas se asió fuertemente del lecho mortuario.—«Julia, Julia! ya te sigo! ya oigo el concierto de las voces! ya siento el aroma de los perfumes! ¡Bárbaro! dijo volviéndose al conde que intentaba arrancarle de aquel sitio de destrucción. Si, tú eres su padre; pero no me apartarás otra vez de su lado.» Y el ruido de las paredes al calcinarse, y el resplandor y humo de las llamas se le figuraban á aquel infeliz el aroma de los inciensos y el cántico de los ángeles.—Las llamas penetraron en la bóveda; D. Rodrigo arrastró al conde, mal de su grado, y medio sofocados ya por el humo, lejos de aquel lugar de desolación: en medio del estrépito de las paredes al desplomarse, se oía la voz de Ramiro, que fija siempre en su imaginación la promesa de Julia, entonaba una lúgubre canción.

III.

En un sitio en que pocos días antes se elevaba un ruinoso castillo, se veía un sepulcro de mármol negro con la siguiente inscripción: A la memoria de D. Ramiro Pimentel, y de Julia de Mendoza... Un anciano vertiendo lágrimas de dolor oraba con fervor al pie de este monumento. Era el conde.

D.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuación.)

Un día al salir de misa un desconocido ofreció á Doña Petra agua bendita, y mientras se volvía hácia el altar mayor para santiguarse, ofreció á Esperanza una carta diciéndola en voz baja: «De Don Eugenio.» La joven la cogió y salió de la iglesia con su tia sin que nadie

notara el incidente. Despues, cuando llegaron á su casa, Esperanza se retiró á su cuarto y abrió el billete, que solo decia:

«Al dejar mi patria por mucho tiempo, quizá por siempre, quiero despedirme de tí que eres el solo lazo que me une á la tierra.»

Apareciste á mis ojos cuando toda esperanza había muerto en mi corazón, como en medio de una tempestad brilla entre las nubes un pedazo del azul del cielo anunciando al marinero desanimado la próxima calma y dándole nuevas fuerzas para luchar contra las olas. Si, te debo la vida que sin tí me hubiera arrancado; y en mi religiosa adoración veo en tí un enviado de la providencia.

Por eso no te he amado como á una mujer, sino que te he adorado como á una deidad, y en los momentos en que he padecido en tu ausencia he orado y te he llamado en mi ayuda. Tú has conocido mi sentimiento y has correspondido á él. Lo he leído en tus ojos, y me lo ha afirmado mi corazón que respondía al tuyo. Este amor será mi felicidad en el destierro que no temo, porque rico con tu memoria no puedo ser ya infeliz, y este amor me hará bueno y digno de tí infundiéndome en mi alma toda la pureza, toda la santidad de la tuya. No puedo verte para darte el último adiós; pero cuando esta noche á las dos pase por el camino de Portugal á un cuarto de legua de tu morada, que conoceré entre todas las del pueblo aunque no la he visto nunca, entregaré á los aires un casto beso para que le depositen en tu frente, y rogaré á Dios por tu felicidad que es ya la mía.

EUGENIO.»

Los sentimientos en todas las clases de la sociedad son los mismos; pero la expresión es diversa en cada una. El tosco lenguaje del labriego los presenta desnudos unas veces, y otras no los presenta por falta de palabras; pero el lenguaje pulido del galán elegante nos viste de pureza y hermosura, los poetiza, los diviniza, y muchas veces los presenta sin tenerlos y deslumbra con los adornos. Podríamos decir, robando una bella expresión, que la sociedad *crystaliza* los sentimientos, como la naturaleza *crystaliza* el carbono, convirtiéndole en diamante. La misma materia queda; pero ¿quién la reconocería bajo su nueva forma? Así esta carta, por mas que estuviera muy lejos de ser un modelo; por mas que la caracterizase cierta afectación de sentimientos y palabras, deslumbró á Esperanza, quien pareció un dorado poema de amor. Nunca regaló sus oídos tan mágica ternura, ni en sus sueños virginales pudo idearla, acostumbrada como estaba á los torpes requiebros y á las rústicas flores de los dependientes de su padre. El estilo religioso de D. Eugenio, conociendo su carácter, bañaba sus frases, y acabó de enamorarla. El rubor coloró sus mejillas, y las lágrimas de alegría brotaron abundantemente de sus ojos. Sintió lo que debe sentir el rosal de los valles cuando después de un invierno aterido dora por primera vez sus tímidos capullos la vivífica mirada de la primavera.

Pasado este primer momento de éxtasis y de embriaguez, pensó en corresponder dignamente á tanto amor, y derramar una palabra de felicidad en aquel corazón que solo vivía para adorarla, en aquella flor de amor que solo á ella ofrecía sus aromas. ¿No se había propuesto antes ser para Eugenio un ángel de consuelo? Y cuando iba á partir, pobre, desterrado, sin familia, ¿no le dejaría siquiera un recuerdo de amor para que dulcificase sus pesares? Eugenio debía pasar á un cuarto de legua de su casa á las dos de la mañana, según decia la carta. Esperanza determinó ir á encontrarle.

¡Cuán largo se le hizo el tiempo durante el día! Llegó por fin la noche, y Doña Petra se dispuso para ir á un baile. Esperanza se adornó tambien con su mejor vestido; se puso los adornos que mas la hermozeaban, porque quería aparecerle hermosa, y se estuvo en su cuarto hasta que sintió marcharse á Doña Petra, que no habiendo visto sus preparativos la creía acostada y acudía sin cuidarse de ella al templo de la vanidad, acompañada de un joven á quien marcaba con su rápida cháchara, pues era muy habladora.

Apenas se marchó, Esperanza salió de su cuarto silenciosamente, bajó de puntillas la escalera, salió por la puerta del jardín, de la cual se llevó la llave para poder entrar á la vuelta.

La noche era oscura y amenazaba tempestad; pero Esperanza no lo notó siquiera, absorta como estaba en su pensamiento. ¡Cuánto la bendecía Eugenio por aquel paso! Cuando en climas lejanos le oprimiesen la miseria, el cansancio y el desaliento, se replegaría en sí mismo, se acogería en el santuario de su amor, y sería feliz á pesar del mundo y de la suerte; el recuerdo de su amada sería para él el rayo de luz que descendiendo del cielo alienta al peregrino desfallecido de hambre y sed, el ángel que le libra con sus alas de los ardores del sol en el desierto.

A poco un ronco trueno lejano hizo retemblar las montañas, y las nubes se desataron en torrentes de agua. Todo era oscuridad, y solo los rápidos relámpagos se asomaban algunas veces en las nubes, haciendo visibles las tinieblas y prestando á los objetos contornos fantásticos y terribles.

Entonces podía verse á su luz á Esperanza en traje de baile, cru-

ando sola entre las rocas y llorando como una niña porque la tempestad la descomponía sus adornos y temía aparecer fea á los ojos de su querido. Parecía una reina obligada á huir en una noche de fiesta porque se ha sublevado su pueblo, y aún en tan triste estado, la doble aureola de majestad y de virtud que la rodeaba imponía respeto y adoración.

Al cabo de una hora larga de camino llegó al término de su viaje, y arribada á un árbol, comenzó á esperar, entregándose á dorados sueños de amor.

La tempestad había cesado; y si el cielo se mantenía aun oscuro, en su mayor parte, y á lo lejos comenzaban á aparecer algunas estrellas, Esperanza las contaba, y en la candidez infantil de que el amor dota á sus vasallas, buscaba las mas unidas, y creía reconocer en ellas las que regían su destino y el de su amante.

Pero el tiempo trascurría y el camino permanecía tranquilo y silencioso, sin que nada anunciase la venida de Eugenio. Esperanza se deshacía de impaciencia, y temblaba pensando si alguna desgracia le habría detenido: por fin, al cabo de hora y media creyó percibir á lo lejos el galope de algunos caballos, y no tardó mucho en percibir un punto negro que se movía entre las sombras y que acercándose mas, conoció que era un grupo de contrabandistas. Pasaron cerca de ella sin verla. Uno de ellos iba hablando, y Esperanza conoció por la voz que era Eugenio.

Entonces con voz trémula le llamó.

El grupo se detuvo un instante, y un hombre con sombrero calañés, chaqueta, faja á la cintura y botines de cuero como los demás de la cuadrilla, se acercó á la joven, que á pesar del disfraz conoció en él á su amante. Este también la reconoció; y lleno de sorpresa la preguntó:

—¿Cómo estás aquí?

—He recibido tu carta, y he venido á despedirte, murmuró la joven: ¿he hecho mal?

—¡Angel mío! exclamó Eugenio estrechando en sus brazos á su amada trémula y palpitante, y sellando en su frente un largo y tierno beso, que la estremeció de placer. En esto un hombre de los que con Eugenio venían se acercó á ellos diciéndole con voz ronca y aguardentosa:

—Eh, compadrito! se viene V., ó nos najamos?

—Allá voy, dijo Eugenio, y volviéndose á Esperanza que por un movimiento rápido se había escapado de sus brazos al oír aquella voz: ya ves, la dijo, que no me puedo detener.

—No, no; vete.

—Aun quiero jurarte una vez que te amo y que siempre te amaré. La joven le apretó la mano.

—¿Me amarás tú?

—Siempre! murmuró la joven; te lo juro por la memoria de mi madre.

Eugenio selló otro beso en aquella frente adorada, y reuniéndose con sus compañeros de viaje desapareció presto en la oscuridad. Esperanza, así que le hubo perdido de vista, tomó el camino de su casa, adonde llegó poco antes de amanecer.

Todo dormía en la casa.

Esperanza entró sin ser vista; y ya llegaba á su cuarto, cuando encontró á una criada que velaba en un corredor, ya porque el calor de su cuarto la incomodaba, ó ya porque la conversacion á solas con un mozo del pueblo la complacía. Al ver á su señorita con el traje mojado y con los pies cubiertos de lodo, no pudo la desvelada moza ocultar su sorpresa, y la preguntó: ¿De donde viene V.?

—Calla! respondió en voz baja Esperanza, sin querer reparar en lo poco respetuoso de la pregunta; tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A ocultar que he salido: oculta estas ropas... guárdalas para tí si quieres con tal de que encuentres medio de hacer creer á mi tía que se han perdido.

—Difícilillo es; pero en fin, ya veremos... estos hombres nos ponen en unos apuros...

Tampoco quiso notar Esperanza esta nueva falta de respeto, y se contentó con cortar la conversacion y entrar en su cuarto, donde se mudó de traje.

Aquel mismo día recibió una carta de su padre que la llamaba á su lado; pero á ruegos de su tía retardó su partida algunos días aun.

La víspera del día fijado se reunieron algunos amigos de Doña Petra en casa de esta para despedir á Esperanza.

La conversacion vino á caer en una joven que acababa de hacerse hermana de la caridad.

—Esa orden, dijo uno de los concurrentes, además de emplearse en aliviar á los enfermos, y enseñar á las niñas pobres, no liga sino temporalmente á las que entran en ella.

—Pues qué, ¿las hermanas de la Caridad pueden dejar de serlo? preguntó Esperanza.

—Y casarse si quieren.

—Pero eso será durante el tiempo del noviciado.

—No, no, siempre que quieran: sus votos se renuevan cada año ó cada dos años, no estoy seguro de cuánto en cuánto tiempo; pero sé que se renuevan; y la que no quiere renovar el suyo queda libre.

La conversacion tomó otro giro, y nadie volvió á acordarse de las beatas, excepto Esperanza, que vió en su retiro el asilo en que debería de esperar á su amante. Mientras estaba ausente, no quería vivir, no sabía hacerlo; deseaba no tener relaciones con el mundo sino para hacerle bien. El largo paréntesis que intentaba poner en su vida debía de llenarse con buenas obras.

CAPÍTULO IV.

Entre tanto Eugenio llegó á Portugal escoltado por los contrabandistas, y pasó á Lisboa, donde se encontró solo sin amigos, y sin mas dinero que 50 duros que halló en el fondo de su maleta y que no dudó en considerar regalo de D. Ramon.

Su situacion era muy apurada, pues no veía en el horizonte ninguna esperanza de hacer fortuna, ni siquiera de poder subsistir, cuando una circunstancia inesperada vino á cambiar su suerte de un modo bien romanesco.

Volvió una noche á su casa por una calle escusada, cuando vió escondido en el umbral de una puerta un bulto que le pareció sospechoso: era un hombre con el sombrero calado hasta las cejas y la capa hasta los párpados, de modo que no se alcanzaba á ver mas de su fisonomía que sus ojos centellantes como los del lobo. Como el mas seguro remedio contra el miedo á los ladrones es el no tener nada que se pueda robar, Eugenio pasó tranquilo junto al embozado, que le dejó pasar permaneciendo inmóvil como una estatua; y ya iba á salir de la calle, cuando oyó detrás de sí un pistoletazo y un grito. Volvió corriendo, y á las luces de los vecinos que se asomaban medio desnudos á los balcones, vió á un hombre herido, revolcándose en su sangre, y al embozado con un puñal en la mano acribillándole á golpes.

Veloz como el rayo se lanzó Eugenio sobre el asesino; pero este tuvo tiempo suficiente para herirle levemente, y aprovechándose del momento huyó, entrando en una casa contigua, cuya puerta se cerró detrás de él. Pronto acudió la policía, y un médico que vivía en la misma calle reconoció la herida del desconocido, y declaró que era mortal.

—¿Y el asesino? preguntó uno.

—En esa casa ha entrado, dijo una vieja desde una ventana.

—¿En esta casa?

—Sí.

—Es imposible. Es la casa de D. Pedro de Vargas, que es el herido.

—Pues ahí entró, y la puerta se cerró inmediatamente.

La policía llamó á la puerta de la casa para introducir al herido y buscar al asesino; pero nadie respondió: volvieron á llamar, y siguió el mismo silencio. Entonces forzaron la puerta y entraron en la casa; pero todas las habitaciones estaban desiertas, y la misma esposa de D. Pedro había desaparecido. Es inútil buscar á mi asesino, dijo don Pedro, estoy seguro de que es Julian, y habrá huido con mi mujer por la otra puerta. Efectivamente, la casa tenía otra puerta que daba á otra calle, y un vecino de ella confesó haber visto salir á un hombre embozado en una capa con un gran bulto, que le pareció una mujer desmayada ó muerta; pero no se pudo saber mas, aunque se hicieron muchas pesquisas.

—¿Dónde está el que se arrojó á salvarme? preguntó D. Pedro.

—Se ha ido á curar, porque está herido; respondió uno.

—¿Quién es?

—Un español espatriado á causa de los últimos sucesos.

—No me olvidaré de él, dijo D. Pedro, pues ha vertido su sangre por mi causa, y no tengo á quien dejar por heredero.

Efectivamente, á los pocos días recibió Eugenio la noticia de la muerte de D. Pedro, que no sintió porque no le conocía, y la de que le dejaba en su testamento una manda de 6,000 duros, que le alegró sobremanera.

CAPÍTULO V.

Nunca se había visto Eugenio con tanto dinero: así es que comenzó á gastar como si fuera millonario: parecíale imposible ver el fondo de su arca, llena entonces hasta la boca. Tomó una linda habitación en una de las principales fondas, y comenzó á gastar de tal suerte que todos le creían poderoso.

Una tarde bajó al jardín á respirar el tibio aire del crepúsculo de estío entre las pintadas flores y aromáticos limoneros. Otros huéspedes habían bajado también, y ocupaban algunos bancos de piedra, viendo jugar delante á los bulliciosos niños, únicos seres que viven con talento, pues gozan del presente sin recordar lo pasado ni temer lo porvenir. Eugenio se recreó un rato en verlos, y luego se sentó en un banco situado en una calle solitaria, y se puso á pensar en Espe-

ranza como un caballero andante. Al poco rato vino á sacarle de su distraccion un caballero delgado, de cabello castaño, y cuyo rostro tenía la expresion del disgusto—é ironía del rostro de Meñistófeles, que vino á sentarse á su lado, saludándole córtésmente. En el primer momento, que fué de silencio como era natural entre personas que no se conocian, Eugenio pudo observarle á su placer. Iba vestido completamente de negro. Sus pantalones nuevos, cortados á la última moda, y de finísima tela, cubrian en parte unas botas remendadas y sin limpiar; el chaleco y la levita eran contemporáneos de las botas, y no tenían ya ni forro ni botones; pero en cambio la camisa de fina batista ostentaba un magnífico alfiler de diamantes, y una sortija de oro con un brillante del tamaño de un garbanzo brillaba en la mano corta y gorda de aquel extraño personaje. ¿Sería un rico maniático? ¿Un pobre que se enriquecía, ó un rico que descendía á la pobreza?

El hombre contradicción sacó una caja de concha riquísimamente trabajada y con un bajo relieve que representaba figuras simbólicas y misteriosas, y ofreció un polvo á Eugenio, en correcto castellano. Eugenio rehusó; pero halagado por hablar su propia lengua fuera de su patria, á la cual creía volver con este desahogo, trató de anudar conversacion con el desconocido, y la hizo girar sobre la misma caja de tabaco que le había llamado la atencion por sus labores.

—Son signos masónicos, le dijo el desconocido: esta caja pertenecía á un oficial de coraceros que la dejó olvidada en un alojamiento: la patrona, que era beata y amiga de frailes, enseñó la caja á un mercenario, quien la advirtió que era pecado tenerla, y se la llevó, porque las cosas pierden su maldad en cuanto entran por las puertas de la iglesia; después vinieron las vísperas sicilianas para los frailes, el pueblo asaltó los conventos, los saqueó, y esta caja hizo parte del botín.

—¿Sabe Vd. la historia completa de su caja de tabaco?

—Conoci al que la cogió en el convento, al fraile, á la beata y al oficial de coraceros.

—¿Ese sería mason?

—Sí; un estúpido que por amor á la libertad se sujetaba á las leyes de España y á las de la lógica; especie de esclavo, que cansado de tener un dueño que le dió la suerte, busca otro por su gusto, queda sujeto á los dos, y se llama libre.

—Poco quiere Vd. á la masonería.

—Si se hubiera contentado como en otro tiempo con hacer catedrales, tal cual; pero metiéndose á tratar de política, me causa asco.

—Sin embargo, en cierto tiempo ella solamente podía hacer una revolucion en el mundo. Cuando el pensamiento estaba prohibido por la ley, y se alaban cadalsos contra el que no renunciase á él, una reunión de hombres, ocultos en la oscuridad, debían necesariamente conspirar en todas las naciones contra la tiranía que oprimía al pueblo con la ignorancia, la cadena mas difícil de romper. En esta época, las sociedades secretas eran las academias de los hombres de talento, y obra suya son los adelantos de nuestra época.

—Su obra les honra.

—Nuestra época es de transición.

—¿Hay alguna que no lo sea? ¿Vd. cree que hemos adelantado porque nos hemos instruido? Después de muchos años de experiencia, la China, que llegó á un grado de civilización á que no hemos llegado aun en Europa, quemó sus libros, y se entregó á la inercia y á la estupidez. Gracias á esto, ha vivido feliz y pacífica, mientras los pueblos del Africa, Europa y América han ardido en guerras civiles. Grecia, Cartago, Roma, los ya olvidados pueblos de la opulenta Siria, murieron de su riqueza y de su saber. La ciencia mata á los pueblos como á los hombres. No crea Vd. pues que es un adelanto en la civilización; la instruccion del pueblo es un paso hácia su desgracia.

—Es Vd. enemigo del talento.

—El talento... ¿tendrá Vd. la bondad de decirme lo que es? ¿Cree Vd. que consista en aprender de memoria todos los volúmenes de una biblioteca, y convertirse en estante? ¿Cree Vd. que consista en delirar corriendo tras de una sombra, y perder la vida en cálculos ingeniosos y poéticos, pero que de nada sirven á nadie? ¿Ó consistirá en escribir obras para corregir al mundo?

—El talento consiste en la conveniencia de los medios con el fin.

—¿Y según eso el que por fin se proponga hacer una tontería, tendrá suficiente talento para ser tonto?

—El verdadero fin de nuestras acciones es la felicidad: el que consiga ser mas feliz será el que tenga mas talento.

—El mas feliz es quien teniendo una mediana renta, no piensa, ni ha pensado, ni pensará jamás. Vea Vd. amigo mio, Vd. llama talento á la falta de ideas; está Vd. en oposicion con todo el mundo.

Eugenio se confesó vencido, y comenzó á apreciar á aquel hombre, en quien descubría una vasta inteligencia, quizá estraviada por la manía de la originalidad, que tenía en todo la opinion contraria á la generalidad, pero que la sostenía con toda la lógica del sofisma. No pudo contenerse, y le preguntó: ¿Pero Vd. qué es?

Toda la impertinencia de esta pregunta no incomodó al desconocido, que respondió con calma: El vecino de Vd., núm. 7. Mi nombre es Martin Arana, mi oficio prestamista. Esta revelacion acabó de admirar á Eugenio, que no había visto nunca un hombre de este oficio parecido al que le hablaba exclamó admirado:

—¿Prestamista!

—Es el oficio del siglo, como clérigo el del pasado, y soldado el anterior. Nuestro siglo adora al becerro de oro como los israelitas en el desierto, y yo quiero ser el dueño del becerro para ser el dueño de Dios.

—Pero para ejercer ese oficio es preciso no tener corazon.

—Todo es acostumbrarse. Si Vd. me necesita alguna vez, ya sabe mi cuarto, encima del de Doña Matilde.

—No la conozco.

—La dama que sale al balcon todas las tardes, y á quien Vd. hace señas.

—¡Yo!... juro á Vd. que hasta hoy no había reparado en ella.

—Mas vale así, porque es una mujer cuyo amor debe de abrazar hasta la médula de los huesos, si alguna vez llega á enamorarse. Yo sé algo de su historia, y ya que no tenemos otra cosa que hacer se la contaré á Vd., porque es mi placer favorito el hablar mal de los demás y de mi mismo. Si es Vd. literato, podrá sacar una novela de mi relacion. Escúcheme Vd.

Al decir esto tomó un polvo, cerró su caja, y comenzó de la manera siguiente:

CAPITULO VI.

—Esta mujer es desde hace dos años la querida de un rico propietario llamado D. Pedro de Vargas.

Eugenio, que no había ereído el relato de D. Martin mas que una anécdota escandalosa digna apenas de ser escuchada, comenzó al oír el nombre de D. Pedro á prestar atencion, pues que sin saber cómo se hallaba ligado á la historia. El origen de su fortuna, el misterioso crimen que se la había proporcionado, y algunas palabras sueltas, algunos comentarios hipotéticos que sobre este suceso conocia, bastaban para despertar su curiosidad.

D. Martin prosiguió:

—Es D. Pedro de Vargas un hombre de carácter vulgar y alma débil. Esclavo de su vanidad y de su orgullo, está siempre á merced de la mano hábil que se apodera de estas dos misteriosas fibras de su corazon: de aquí proviene que aunque su naturaleza no es ardiente ni propia para producir las tempestades de las pasiones, la aurora de su juventud ha sido sobrado borrasca, y se ha conquistado el laurel que la sociedad concede al calavera, al mismo tiempo que sella la infamia en la frente de sus victimas. El se enorgullece de su fama, y hacía bien, porque como la mayor parte de los calaveras valen menos que su reputacion, pondera sus defectos, aumenta la cuenta de sus malas acciones, y en fin uno de los mayores fanfarrones de vicios que se han conocido. La hipocresía no sigue siempre un mismo camino: es un sentimiento que tiene diversas fases: por ella reza el impio, y por ella el creyente blasfema: los resultados son diferentes, pero la causa una sola, la que hace el fondo del carácter de D. Pedro, la que hace el fondo del carácter de la mayor parte de los hombres, la vanidad. Desgraciados sin embargo los tiempos viciosos por hipocresía; pues es señal de que en ellos será corrompido el talento y empedernido el corazon.

Volvamos á Matilde, que es á no dudarlo mujer de historia segun se murmura, pero cuya historia anterior es un misterio que yo mismo no he podido penetrar. Quizá sea un drama sangriento de esos que nunca se han puesto en escena en un teatro porque luchan en ellos pasiones que ningun poeta sabe pintar, que ningun público podría comprender; quizá sea una sentida elegía, como no la ha cantado aun ninguna lira, terminada en un gemido agudo y penetrante, el ¡ay! postrero de un corazon que muere, y después del cual no queda nada sino la corrupcion de un cadáver inanimado; pero ciertamente que la fuerza que arrojó á aquella mujer al abismo del vicio no fué un suceso vulgar. Es necesario un huracan para derribar ciertos árboles; es necesario un dolor muy profundo para matar la sensibilidad en ciertos corazones. Matilde posee una voluntad de hierro, con su orgullo y la osadía de las grandes almas; sus maneras indican que se ha educado en el gran mundo, pues posee la delicadeza y el tacto que no se aprenden, si bien no quiere emplearlas siempre, y acepta la grosería y la desvergüenza como una muestra de altivez, como un desprecio á las personas con quienes trataba. Diríase que se valía de su conocimiento de la urbanidad solo para tener el gusto de faltar á ella. ¿Por qué esta mujer es mala? ¿Por temperamento? No: es una de las muchas pruebas de que con quien tienen que luchar las mujeres para conservar su virtud, es generalmente con su cabeza, y pocas veces con su corazon. ¿Por deseo de riquezas? Era pródiga. ¿Por vanidad? No lo creo; pero como ya he dicho, me ha sido imposible siempre son-

dear este arcano, y me he quedado como los demás delante de él sintiendo bajo el velo que le oculta latir una cosa horrible aunque desconocida.

Matilde es la querida de D. Pedro, no por elección, sino por casualidad. El torbellino del mundo la arrojó al lado de aquel hombre, como una hoja marchita y cansada sin duda de su vida bacanal; se detuvo allí, contentándose con encadenar á sus plantas aquel esclavo. El sujetarle á sus pies fué para ella un entretenimiento; empleó en esto todo su arte y todo su genio, como si realmente le importase algo aquella conquista; después descansó en el corazón de aquel hombre como un domador que se asienta sobre el tigre que acaba de domar. Pero como no apreciamos las cosas por lo que son en sí, sino por las ideas que unimos á ellas, Matilde, aunque conocía perfectamente á D. Pedro, y dice de él como Ninon del marqués de Sevigné, que es un alma de cántaro en un cuerpo de papel mojado, habiendo fijado en él su esperanza, y soñado pasar junto á él la tarde de su vida, no quiere resignarse á perderle. El cariño que le profesa, es semejante al que profesa el viajero cansado al árbol que le presta su sombra, aumentado por la menor seguridad que tiene de su constancia. Le ama y le desprecia al mismo tiempo. Figúrese Vd. el efecto que la causaría la noticia de que D. Pedro intentaba casarse. Pensó que una mujer joven, bella y pura podría quitarle el dominio de aquel alma, á ella cuya corona de rosas ajada por el tiempo y los placeres se deshojaba rápidamente; intentó pues impedir este casamiento: el medio de que se valió fué muy novelesco.

Su rival, que era hija de un comerciante y se llamaba Enriqueta, solía ir por las tardes á una iglesia acompañada solamente de una doncella á quien Matilde sobornó. Cuatro hombres armados se arrojaron una noche sobre las dos mujeres al volver del templo, las metieron en un coche, y se las llevaron dando muchos rodeos, á una casa aislada donde un hombre enmascarado robó á Enriqueta su honor, y donde permaneció encerrada hasta que dió á luz el fruto de su crimen, que según la dijeron fué espuesto á la puerta de un sacerdote. Después la hicieron perder el conocimiento con una bebida, y la espusieron en una calle escusada, donde volvió en sí manchada para siempre.

Pero el interés únicamente aconsejaba á D. Pedro este matrimonio, pues sus locuras habían quebrantado su fortuna, y la de Enriqueta era su última esperanza. Así, aunque la creyó deshonrada, se asió á ella como el que se ahoga se ase de un clavo candente, maldiciéndole, pero sin soltarle; desde el día de su matrimonio la profesó un odio mortal, y el mismo cariño que la inocente joven le profesaba le parecía un tormento á que su mala suerte le había condenado.

Mientras vivió el padre de Enriqueta este odio no se atrevió á manifestarse, y solo Enriqueta la adivinó bajo la máscara de amor con que se cubría, padeciendo esos innumerables dolores que hieren al amor no correspondido, que á nadie se comunican porque nadie los comprendería, y que infectan al corazón como los alfileres con que la bruja del cuento asesinaba al gigante.

Pero cuando D. Luis murió, D. Pedro arrojó la máscara, y su aborrecimiento se mostró de pronto en toda su fuerza, tanto mayor, cuanto mas tiempo había estado comprimido. En vano Enriqueta quiso poner en juego todos los resortes de la coquetería que su propio amor la hizo adivinar; en vano estudió todos los gustos de su esposo, le sacrificó hasta sus menores deseos, le sirvió de rodillas como una esclava, ó intentó dominarle como una reina. D. Pedro no se deslumbró con sus encantos, en que no paró la atención porque la miraba sin verla, la despreció cuando la vió á sus pies, y se sonrió desdeñosamente de sus altiveces. Si alguna vez en una de aquellas largas horas que pasaban solos, sentados frente á frente y sin hablar, fijó en ella sus ojos y sus hermosas formas de leche y rosas, que envolvía entre blancos tulés como una sifide, produjeron un deseo grosero en su gastada naturaleza, luchó con él y le venció como los monjes sus tentaciones guardando á su mujer el mismo respeto que el duque de Richelieu á su primera esposa. La lucha en que se había empeñado Enriqueta era insensata.

Y sin embargo Enriqueta era pura como un ángel. Recogida en el hogar paterno como una violeta en el fondo del jardín, jamás dejó que se mostrasen sus formas, estudiadamente mal cubiertas, á las miradas públicas que las desfloran; jamás se lanzó en esas lúbricas danzas en cuyo torbellino ven las madres lanzarse á sus hijas sonriendo y sin alarmarse, danzas que pintan un siglo, y que aun ignora si enseñan el arte de pecar ó desgastan la naturaleza. Los hombres reciben después estas mujeres marchitas y usadas en el mundo, aunque castas según la teoría de los que creen que se conserva toda la flor porque no se ha llevado el viento sus pistilos, y las llaman sus esposas sin ruborizarse, aunque muchos de ellos se avergonzarían de tomar por esposa á una cortesana cuando hay cortesanas mas puras que ellas. ¿No valdría mas arrojarse de una vez en el abismo del olvido la idea del pudor, que recortarla de esta manera? ¿No es esto destronar á un rey y aplaudirle coronándole de espinas y poniendo en sus manos el cetro

de caña del *Ecce homo*? Es una fortuna que en nuestro tiempo no haya poetas de corazón, porque su vida sería un martirio horrible.

Enriqueta era la mujer para quien el amor es un sueño de niño, un deseo sin forma, una simpatía magnética, un misterio. La mujer que no conocía el pudor, porque aun duerme en brazos de la inocencia.

Enriqueta atribuía en un principio la falta de amor de D. Pedro á la desgracia de su inesplicable aventura; pero pronto se convenció de que era otro amor el que le distraía, porque pocas veces se oculta esto á la perspicacia de la mujer, y notó de paso una observación que quizá no carece de interés: el hombre que es infiel á su esposa, generalmente la trata mal, mientras por el contrario nunca una mujer muestra mas amor á su marido que cuando le engaña. A mi modo de ver, este solo rasgo pinta la diferencia de carácter de los dos sexos.

Guiada por los consejos de una amiga imprudente, se determinó á dar un paso audaz, y concebible solo en quien conocía solamente el mundo por las novelas.

En compañía de un joven con quien se había criado se dirigió á casa de su rival. Este joven se llamaba Julian, y su carácter merece una ligera descripción.

Huérfano desde muy niño, solo recordaba como un sueño á su madre cuando le levantaba en sus rodillas y le enseñaba á orar, ó cuando creyéndole dormido depositaba un beso en su frente. El padre de Enriqueta le recogió y quiso dedicarle al comercio; pero Julian se aficionó á la lectura de tal suerte que pasaba las noches estudiando, y olvidaba todas sus ocupaciones por buscar libros raros y antiguos de teorías, D. Luis que le amaba como á un hijo solía decirle sonriendo: Julian, Julian, tú no serás nunca nada porque estudias demasiado; pero Julian no le hacia caso.

Este joven alimentaba un amor profundo por Enriqueta, pero nunca se le confesó, porque era entonces estremadamente tímido, sobre todo cuando hablaba con Enriqueta. Desde que dejaba su retiro y sus libros, se encontraba en la tierra como en un país desconocido, temiendo á cada momento dar un paso en falso adorando á los ídolos de cieno dorado que adora el mundo, y que después aprendió á despreciar. No sé si sus sentimientos eran excepcionales ó si son comunes á todos los que como él se crían en la soledad, y arrebatados por una ola se hallan de repente en medio del inmenso piélago de la civilización; pero lo cierto es que con un alma de fuego en que continuamente se revolvián turbulentas pasiones como la lava en el fondo del cráter, aparecía entre los hombres tímido como una doncella de quince años. Esta fué la causa de que su amor no llegase nunca á sus labios, y de que permaneciese mudo delante de su amada, mientras los celos como serpientes de fuego se ceñían á su corazón, le prensaban y le devoraban. La misma fuerza de su natural salvaje le impulsaba á considerar las cosas siempre en los extremos, y del inocente cinismo de su primera edad pasó de pronto á un idealismo fanático, cambio que frecuentemente nos enseña la historia de los mártires cristianos. Enriqueta, que con la luz de sus ojos vivificó su alma, produjo tambien este cambio en sus sentimientos con su voz angelical. Ella le explicó los misterios del amor puro, y levantando su alma con la suya le llevó fuera de los límites de la creación á las riveras ignoradas del vulgo de los hombres, y que habita en sus sueños el alma de los poetas. Fué entonces poeta tambien, poeta de corazón; tenia como Plácido un universo en su cabeza distinto del universo conocido de los hombres; pero careciendo de medios de expresión su poesía estaba recogida y oculta dentro de su alma como un tesoro bajo la vigilancia del avaro: si su corazón, semejante á una lira Eolia, vibraba al impulso de todos los vientos, sus sonidos se perdían dentro de él mismo como los cantares de la virgen en el fondo del monasterio.

Cuando se casó Enriqueta cayó herido de una enfermedad desconocida, que le tuvo durante algun tiempo á las puertas de la muerte; pero los cuidados de la medicina consiguieron salvarle; y como el corazón se acostumbra á todo, el suyo se acostumbró á ver á su amada esposa de otro. Luego, cuando vió á Enriqueta desgraciada, y recibió de ella las confesiones que hace una mujer á un hombre que no es su amante, se decidió á permanecer á su lado con el puñal siempre pronto á herir al que osase ofender á su amada. Este fué quien acompañó á Enriqueta á casa de Matilde.

Al verla no pudo menos de estremecerse, pensando con razon que mas fuerza tendría la flor del almendro para resistir al huracan que ella para luchar con Catalina. Sin embargo, al ver la expresión de altivez con que se engrandeció su rostro á la vista de su rival, y al percibir á esta temblando bajo su disfraz de impudicia y audacia, conoció que habia olvidado la energía que comunica al alma la fé en el deber, al considerar las probabilidades de la lucha.

—Señora, dijo Enriqueta dando á su apóstrofa tal entonación que parecía mas bien un insulto que una palabra de respeto, sé las relaciones que unen á Vd. con mi esposo, y mi decoro me prohibe dejar que prosigan. Vengo á rogar á Vd. que las rompa y no turbe mas el reposo de una familia.

—Señora, respondió Catalina sonriendo desdeñosamente y dando á su voz el tono de la mas punzante ironía, siento mucho no poder complacer á Vd. en lo que me pide; pero una fuerza irresistible que me ha hecho romper con todas las consideraciones sociales, me impide satisfacer tan justo deseo. El corazón es un tirano á quien es preciso asesinar ú obedecer.

Enriqueta quedó un momento suspensa, mientras Catalina la miraba siempre sonriendo.

—Si el interés la detiene á Vd., dijo por fin Enriqueta, yo la ofrezco á Vd. una renta mayor que la que puede ofrecerla mi marido.

Catalina se puso en pié repentinamente como si la hubiera picado una víbora, y fulminando á Enriqueta una de sus miradas de odio, exclamó:—Señora, nadie tiene derecho para insultarme en mi casa, y Vd. menos que nadie. ¿Cree Vd. que cubre un velo tan espeso la historia del año anterior á su matrimonio, que no se trasparenta nada de lo que oculta?

Enriqueta al oír esto se puso pálida como la muerte.

—Oh! prosiguió Catalina, Vd., hipócrita de honor, se cree mas honrada que yo; pero yo al menos no engaño á nadie, ni en premio de su amor pongo á mi esposo en ridículo ante el pueblo que le señala con el dedo. Me ofrece Vd. ora porque me separe de mi amante. ¿En cuánto hubiera Vd. vendido á aquel galán fantasma que nadie conoce y que es el padre de un niño muy lindo que se está criando en París, y que segun dicen es un vivo retrato de Vd.? Aprenda Vd., señora, á conocer á las personas y á no confundir la mujer que cede á una pasión con la que se entrega al oro. Desde que amo á Pedro, se me han hecho muchas propuestas que hubieran halagado á una reina, y las he despreciado porque yo solo cedo á mi amor.

Era verdad lo que Catalina decía. No faltó nunca á D. Pedro, por mas que la hiciesen brillantes proposiciones; pero no era su constancia hija de su amor, pasión sobrado delicada para producir una vibración en sus nervios de acero. No había amado ni amaría nunca probablemente; pero muchos sentimientos diversos producen un mismo resultado, lo cual es una de las principales causas de que sea tan difícil el estudio del corazón del hombre.

La moralidad, la fé y el honor son palabras elásticas que cada uno conforma á su manera; y así es que hasta los hombres mas despreciables tienen su moralidad, su religión y su honor, porque todos tienen su orgullo. Catalina fundaba su moralidad en su constancia, ó en su fidelidad al menos, lo cual la costaba poco trabajo, pues estaba bastiada de placeres, y quería mejor conservar su rico amante, á quien dominaba hasta el punto de no temer su cansancio, que abandonarle por otro menos constante quizá. De este modo Catalina era fiel á don Pedro por hastío, interés y orgullo.

—Ah! exclamó Enriqueta deshecha en lágrimas, yo no he engañado á mi esposo; yo le he confesado la mancha que solamente la desgracia ha arrojado en mi frente, sin que yo la pudiera evitar.

—Pues si Vd. no le ha engañado, dijo Catalina volviendo á sentarse y mirándola con desdén, es decir que ha hecho Vd. lo que yo, que somos iguales, y que no tenemos nada que echarnos en cara, amiga mía.

Enriqueta se levantó á su vez, y dirigiéndose á Julian dijo solamente:—Vámonos.

El joven la siguió, y sin mirar siquiera á Catalina, ibamos á salir de la habitación, cuando se abrió la puerta y apareció en ella D. Pedro. Enriqueta al verle lanzó un grito, y se retiró hácia donde estaba Julian, mientras que Catalina dejaba asomar á sus labios una sonrisa de triunfo, cambiando en seguida su fisonomía altiva en humilde y pesadosa.

—¿Qué significa esto? dijo D. Pedro adelantándose ceñudo al ver á Enriqueta en aquel lugar; ¿cómo está Vd. aquí, señora? Será quizá que espíe Vd. mis pasos?

(Se continuará.)

LOS AGUINALDOS DE LUCIANO.

(Conclusion.)

Por la mañana muy temprano nuestro imberbe Esculapio estaba en casa del farmacéutico: después de haberse llenado los bolsillos de drogas, voló á casa de la viuda Simon. No le había engañado; su asilo era espantoso... Una cama carcomida con un jergón casi reducido á polvo, un cobertor malo y que apenas disimulaba la falta de sábana, una mesa rota, dos sillas viejas, y algunos pucheros componían todo el miserable ajuar de la viuda. Luciano la encontró levantada: le esperaba; una rápida ojeada por el aposento le manifestó lo que tenía que hacer aun. Puso sobre la mesa los objetos que llevaba, suplicó á la enferma que aguardase un momento, que iba á repasar un *olvido*; y bendiciendo la

generosidad de su padre, corrió á comprar colchones, almohadas, y seguido de los comerciantes, los llevó á casa de la viuda Simon, que fuera de sí no podía creer lo que veía, y faltó poco para que espirase, débil y escuálida como estaba por efecto de su alegría, si Luciano no se hubiera apresurado á darle un cordial que tenía dispuesto.

En algunos minutos la cama se convierte en un lecho blanco y mullido, se limpió la habitación, y Luciano salió con los operarios invitando á la viuda á que se acostase mientras él volvía. Así que Luciano volvió, se apresuró á encender fuego, preparó la tisana, en fin, dispuso todo lo que necesitaba la enferma, mientras que ella estaba estasiada con tanta bondad y liberalidad, y llamaba con viva fé sobre su joven bienhechor las bendiciones del cielo... Una vecina caritativa se encargó de continuar la obra empezada por Luciano con tanto afán, y obligado á volver á su casa antes que su padre pudiese notar su ausencia, se despidió de las dos mujeres dando á la vecina las instrucciones necesarias para que suministrase los medicamentos, poniéndola en la mano una de las piezas de oro para comprar un cocido, una gallina y vino bueno; porque había pensado con razón que la miseria de la viuda Simon y la falta de alimento conveniente á su mucha edad eran las principales causas de su mal.

Ardiendo en deseos de saber el resultado de sus esfuerzos de la víspera, Luciano corrió al día siguiente á la casa habitada por la desgracia y la virtud: ¡ay! la pobre anciana había sufrido mas que de costumbre... Al principio fué grande la perplejidad de Luciano; pero no pudiendo dudar de la eficacia de los remedios que la había hecho aplicar segun la opinion de los mejores autores, y atribuyendo este incidente al cambio de régimen, la reiteró sus encargos, suplicándola que continuase sus prescripciones por algunos dias, prometiéndola que sentiría los benéficos efectos. La viuda Simon no se atrevió á oponerse, tan vivas fueron las instancias de Luciano, y se entregó confiada á sus cuidados y á la gracia de Dios.

Pasaron aun muchos dias sin que se mejorara sensiblemente la salud de la viuda, con gran disgusto de Luciano, que iba á visitarla todas las mañanas, y que jamás se marchaba sin vaciar su bolsillo en manos de la vecina que se había instalado al lado de la enferma desde que el doctor proveía con tanta generosidad á cuanto necesitaban.

Por mucho cuidado que empleó Luciano en ocultarlo en la casa paterna, su padre lo conoció y lo mismo su esposa: no se engaña con tanta facilidad á los padres, sobre todo cuando quieren mucho á un hijo; le espían hasta las menores acciones. La tierna solicitud de Mr. y de Mad. Hervey les hizo estar intranquilos, porque ordinariamente el joven no salía nunca solo sin prevenirse y pedirle antes licencia. Al misterio en que se envolvía Luciano para salir furtivamente de la casa paterna se unia otro motivo de temor mas poderoso: los aguinaldos hasta entonces cuidadosamente guardados en el bonito bolsillo bordado con sus cifras, las piezas de oro, todo había desaparecido sin que nuevos libros, nuevos útiles de artes ó ciencias indicasen por su presencia en la habitación de Luciano el destino que había dado á su dinero. Justamente alarmados y temiendo que su hijo querido contrajese alguna de esas amistades tan perjudiciales á la juventud inesperta, espíaron á Luciano, y sin ser vistos le siguieron una mañana en el momento que salía furtivamente con un aire tan turbado como si no estuviera tranquila su conciencia: las personas honradas procuran tanto ocultar sus buenas acciones, como los malos hacen alarde de cometer las malas: los dignos esposos se afligieron profundamente al ver al único vástago, al hijo que tanto querían, entrar en una casa de aspecto tan repugnante. Entonces se reprendieron mil veces en su interior su descuido y la confianza que le habían dispensado, y formaron un firme propósito de castigarle severamente aunque les desgarrase el corazón. Llenos de valor penetraron casi tan pronto como el joven en el largo, oscuro y fétido portal, y subieron con precaución en seguimiento suyo.

Lleno de ansiedad por la suerte de su protegida, Luciano estaba muy lejos de pensar que sus padres fuesen detrás de él como jueces inexorables dispuestos á castigarle; porque se creían odiosamente engañados por un hijo ingrato. Al llegar á la puerta de la habitación se quedó escuchando, y no sintiendo ruido dió con cuidado vuelta á la llave, y se acercó de puntillas al lecho en que la viuda Simon dormía apaciblemente. Aquel sueño inesperado, el semblante de la enferma, la ausencia de la vecina, todo es para Luciano un buen presagio... no puede contener una exclamación de alegría al contemplar su obra... la buena vieja abre los ojos, reconoce su bienhechor, y sentándose en la cama le echa al cuello sus descarnados brazos exclamando entre lágrimas de gratitud:

—¡Me habeis salvado la vida!...

Renunciamos á pintar la alegría de Luciano en aquel solemne momento... pero si su dicha es grande, formémosnos si es posible una idea de la que experimentarían M. y Mad. Hervey cuando supieron de boca de la misma viuda que no quiso callar á pesar de las reiteradas súplicas del modesto doctor todo lo que su hijo había hecho por ella!

—¡Y yo que te acusaba! esclama M. Hervey estrechando al joven entre sus brazos... ¡Qué lección! en adelante no haré juicios temerarios.

—¡Ah! mi corazón me decía que Luciano no era culpable, esclama la feliz madre enorgullecida de tener tal hijo, y le colmaba de caricias.

—¡El culpable! esclama la convaleciente... él culpable, si es un ángel.

Desearo probar á Luciano cuán agradable les había sido su buena conducta, M. y Mad. Hervey se informaron escrupulosamente de quien era la viuda Simon: todos les alabaron su probidad y su asiduidad al trabajo cuando su salud se lo permitía; les dijeron también que su marido el valiente Simon había muerto en el campo de batalla, y que su pobre viuda había solicitado en vano una módica pensión, porque no conocía ningún alto personaje que la apoyara. M. Hervey se conceptuó dichoso en poder á la vez pagar la deuda de la patria, y continuar el acto de beneficencia de su hijo. Quince días después de la interesante escena que hemos presenciado, la viuda enteramente restablecida se instaló en casa del padre de Luciano, reduciéndose su ocupación á estar al cuidado de los criados.

¿Preguntamos á nuestros jóvenes amigos si Luciano habrá hecho buen uso de sus agnaldos?

EL DIA DE ESTERO Y EL DE DESESTERO.

No sé de qué manera comenzar este artículo, lectores míos: y digo lectores, porque esta es una de las pocas ocasiones en que no quiero entenderme con las lectoras, ni llamarlas cariñosas, amables, benévolas, dulces, y otras muchas cosas mas con que se hacen lugar algunos escritores hasta con las bonitas. Y digo que no sé cómo comenzar este artículo, porque mi mesa se encuentra mas desarreglada y en mayor desorden, que los célebres polacos han dejado nuestra hacienda, nuestra administración, y otra porción de cosas que todos llamamos nuestras, y esta es la fecha en que yo por mi parte no sé de quien son. Me acaban de verter el tintero de un plumero: una porción de papeles han salido echando venablos por el balcón: las plumas yacen desparramadas aquí y allí; rotas unas, corcovadas otras, abiertas de puntos todas: de los libros no sé qué decir. No hicieron tanto daño en la librería de D. Quijote las profanas manos del ama y el señor cura, como acaban de hacer en mi modesta biblioteca las de mi mujer y los criados en este día, aciago para todo mortal que goza de una porción de beneficios que proporciona la industria esterera. Y repito que no quiero entenderme hoy con las lectoras ni llamarlas amables, etc., etc., porque vosotras ¡oh mujeres! tenéis la culpa de la mayor parte de los ratos de desesperación que pasamos los hombres en este valle de lágrimas, donde yo no quiero llorar, y me he de reír hasta de mí mismo. Vosotras sí, mujeres de Satanás, que tal procedencia habíais de tener para que fueseis buenas, sois las que armadas de los zorros, el plumero y la escoba, todo lo invadís y nada se resiste al ejercicio de vuestra poderosa y soberana voluntad ejecutada de la manera mas tiránica de que hay ejemplo en las historias. Y no hablo aquí de una porción de mujeres célebres en todos los ramos del saber humano, no porque me falte gana de ilustrar este escrito con innumerables citas, vengan ó no al caso, sino porque tal es el desbarajuste que hoy existe entre mis libros, que me sería imposible consultar ni uno solo que tenga relación con la materia de que voy á tratar.

Si he de decir la verdad, no ha llegado aun á mi noticia que ningún escritor, ni antiguo ni moderno, se haya ocupado en asuntos de *estero* y *desestero*, aunque dicho sea de paso, le haya incomodado esta malhadada operación tanto como á mí; pero al tratarse de hacer un alarde de erudición no me sería difícil, pegue ó no pegue, recorrer de cabo á rabo la historia, para venir á hablar de los apuros, incomodidades y disgustos que ocasionan hasta al hombre de sangre mas fría un día de *estero* y otro de *desestero*, en lo cual no haría otra cosa que imitar á algunos de nuestros mas sabios, aprovechados y entendidos escritores cuya erudición, no cabiendo ya en su cabeza, se les sale á borbotones por todas partes hasta con perjuicio de sus obras.

Cada vez me tienen mas incomodado Adán, Eva y la serpiente, y hasta aquella pícara manzana, que no estaría tan cocosa como algunas que á mí me suelen traer para postre, porque entre todos han contribuido á poner el mundo en tal estado que necesitamos esteras para libertarnos del frío que nos regala el Guadarrama, y tengamos después que abandonarlas si no nos hemos de convertir en chicharrones en julio. Indudablemente que sin la tan sabida escena de la manzana la humanidad no tendría que habérselas á cada momento con el sastre, el zapatero, el casero, y otra porción de enemigos de su tran-

quilidad, y á esta fecha estaríamos todos cogiendo nidos y florcillas en aquella dichosa mansion llamada Paraíso; pero aquí, lectores, me ocurre que si el tal Paraíso había de ser como el del teatro Real en una noche de estreno de función, me alegro que Adán, Eva y la serpiente hiciesen méritos para que sus descendientes no habitemos en tan abrasadora mansion.

El estero y el desestero son dos operaciones de que estan exentas dos clases de la sociedad, por aquello sin duda de que los extremos siempre se tocan. Ni los muy ricos, ni los muy pobres sufren las incomodidades de *esterar* ó *desesterar*: los primeros porque sus criados y dependientes se encargan de tan enfadosa tarea, y los segundos porque desgraciadamente para ellos son los que mas cerca se encuentran, por su desnudez, del estado en que vivieron nuestros primeros padres. Dejaremos á los ricos adormecidos en sus muelles y acolchonadas butacas al lado de sus magníficas chimeneas, pisando alfombras y aspirando un aire embalsamado por delicadísimos perfumes, sin comprender siquiera cómo se puede vivir sin tales comodidades, y á los segundos los abandonaremos también, porque á pesar de nuestros buenos deseos para remediar su desgracia, sus miserias y escaseces, necesitan algo mas que deseos, y justamente de ese algo es de lo que nosotros andamos bastantes escasos. Ocupáremos por último de aquellas personas que sin ser muy ricas ni tampoco muy pobres encuentran en el día de *estero* y el de *desestero* ó un gran medio de gozar y divertirse, ó una ocasión para rabiar y desesperarse. Os parecerá imposible, lectores, que un mismo acontecimiento, una misma operación, pueda producir la alegría en unos y la desesperación en otros; pero yo os explicaré el *busilis* de tal enigma, que es como si dijéramos hablando á lo matemático, la *incógnita del problema*.

Si alguno de cuantos lean estas líneas es oficinista del estado ó ocupa algun puesto en la Biblioteca Nacional, me dirá con franqueza si el día de *estero* ó de *desestero* (advirtiendo como de paso que en la susodicha Biblioteca se destinan á cada una de tan importantes operaciones quince días ó sea un mes al año) no le espera con impaciencia, y si su llegada no es motivo de júbilo y alegría para él y aun para todos sus compañeros. Este día se destina por casi todos los empleados á giras de campo, á cacerías, á visitar en cualquier pueblo inmediato á algun amigo ó pariente, es decir, á eso que se llama vulgarmente *echar una cana fuera*, aunque el protagonista sea enteramente calvo, ó tenga el pelo mas negro que una mora. Cuando el *estero* dura dos ó tres días ó hasta quince, como en la Biblioteca, la gente burocrática, estenuada por el continuo, improbo, penoso y aniquilador trabajo de resolver y extraer *dificultosísimos, intrincadísimos y voluminosísimos* expedientes, necesita aprovechar este tiempo para distraer su imaginación agobiada con el peso de una vida atareada, y sobre todo sin recompensa. Para llenar este objeto dispone con otros cuantos amigos una cabalgata hácia un bosque inmediato, donde piensan divertirse en una gran cacería. Llevan abundantes municiones de boca, ricos vinos de Champagne, Bourdeaux, etc., una posición oficial que les recomienda con los pobres labriegos, ciudadanos independientes que les reciben sombrero en mano, y les franquean su casa, para que puedan comparar la miseria de sus pobres viviendas con el lujo de las oficinas del estado, aunque despues ni se acuerden de las pobres chozas donde tan cordial acogida encontraron; ni de las personas que se la dieron, y pasado tan sabroso paréntesis en la vida oficinesca, se vuelven proyectando otra expedición igual para la época del *desestero*.

Todas las cosas dicen que tienen dos caras: hemos visto por la buena, aunque empolvada, el día de *estero*, y cómo le invierten los oficinistas: veámosla ahora por la mala, y quedará probado lo dicho anteriormente.

Figuraos, lectores, un pobre pretendiente que ha venido desde su provincia á saber la resolución de un negocio que tiene pendiente hace una porción de meses en tal ó cual oficina del estado, que llega, y al apearse de un galerón, acelerado por supuesto, y que anda á legua por dos horas, toma un cuarto en *El Meson de los Huevos*, se quita el polvo del camino, se pone la ropa del día de sus bodas, se afeita en la primera barbería que encuentra al paso, se encamina á la oficina donde tiene su solicitud, y lo primero que sale á su encuentro es una enorme columna de polvo que le ensucia su vestido nuevo, en seguida tres ó cuatro ganapanes, armados de zorros y escobas, que no hacen caso de sus preguntas, y por último un portero de malísimo humor, y con la cara de vinagre que es peculiar á esta clase de domésticos, que le contesta: estamos de *estero*: vuelva Vd. dentro de ocho días...

—¡Ocho días! esclama nuestro pretendiente volviendo la espalda bruscamente ciego, no sé si por el polvo de las esteras, ó por la ira que le causa tan terrible contestación...

Figuraos también, lectores, que un hombre dedicado á trabajos literarios necesita consultar una obra, que no tiene ni la hay en las librerías de sus amigos, y que solo encontrará en la Biblioteca Nacional; haciendo un punto en sus tareas, se provee de papel, se dirige á dicho establecimiento público, y cuando llega á la puerta, lo primero

que en ella ve es un papelito pegado con obleas que le dice: se prohíbe la entrada en este establecimiento durante los quince días de estero: por cuya razón tiene que renunciar á saber lo que desea; y figuraos también, aunque esto parezca ya mucho figurarse, la cara que pondrá este hombre si además de literato es por apéndice feo, apéndice que no suele faltar á los del gremio literario, y podreis comprender fácilmente su cariño hacia las esteras.

Pues seguid figurándoos el gesto que pondrá cualquier ciudadano honrado y pacífico la noche que cuando va á acostarse tranquilamente en su duro ó mullido lecho, le anuncia su querida consorte que al día siguiente tiene que madrugar, y marcharse de paseo aunque caigan bombas, si no quiere presenciar la revolución mas espantosa, el desorden mas grande, la trapisonda mas horrible que convertirá su casa en una verdadera Babilonia, en que no quedará tintero con cabeza, si estos titeres son sillas, camas, colchones, mesas, libros, papeles, cuadros, armarios, cómodas, y demás muebles que componen el ajuar, hasta de la mas modesta vivienda, y medireis si no se declarará en la mas completa rebelion contra las esteras.

Y continuad figurándoos un rato mas, qué tal le sentará á cualquiera volver á su casa fastidiado, y encontrarse su mesa en el mayor desorden, el tintero vertido, las plumas estropeadas, su librería revuelta, un tomo del *Quijote* al lado de otro de la *Biblia*, dos tomos de Voltaire con uno de San Agustín, la *Atala* junto al *Judio Errante*, á su mujer hecha un diablo con pañuelo á la cabeza y medio desgrednada, envuelta en un viejo, sucio y roto guardapiés, que forma el mas grotesco traje con la almilla de dormir, á las criadas pegando zorrazos á diestro y siniestro sobre todo cuanto está á su alcance, á los niños llorando entre una nube de polvo, porque ven en cada maritornes un Herodes que ha mutilado seis pastores de su nacimiento, ha arrancado la cabeza á San José de un mandoble, y amenaza la mas espantosa ruina al portal de Belen, cuya arquitectura se resiente en tan horrorosa tempestad; á los gatos con el lomo encorvado y las colas espeluznadas, que bufan y tratan de hacerse fuertes en un rincón, y me confesareis francamente con qué humor se pondrá este hombre á escribir un artículo sobre lo que se sufre ó se goza en un día de estero y en otro de desestero...

EL BARON DE ILLESCAS.

Octubre de 1854.

A J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Faz de alegría y corazón de pena,
A los mortales el poeta ríe,
Llora á los cielos: cuando todo calla
Suena su acento!

Incierto cruza el agostado mundo,
Como reflejo de ignorada estrella,
Pisando abrojos y vertiendo flores,
Ángel proscripto.

Quizá en la noche al corazón cansado,
Péndola viva del reló del alma,
Lleve la mano y su latir perenne
Trémulo cuenta.

Ora abrumado por gigante idea,
Que surge inquieta en su hervorosa frente,
Detiene el pié y al firmamento mira—
Lanza un gemido:

Y el viaje sigue. ¿Adonde va?... lo ignora...
Génios de llanto que veáis su vida,
¿Dó va, decidme, ese cantor sombrío?
¡Nadie lo sabe!

Es un misterio... Y el suspiro ardiente
Que, al cielo oscuro, silencioso y triste,
En ansia eterna suspendido, el vate
Íntimo envía;

¡Espira acaso en el callado viento
Sin que en la vaga inmensidad despierte
Eco ninguno que á endulzar su pena
Vaya amoroso?

No; aquí estoy yo que á tu plañir respondo,
Bardo querido: penetré tu mente...
¡También me llena el que tu sien agita
Mágico aliento!

¡Emanación de la esperanza inmensa
De libertad que, sobre el mar del tiempo
Luce, cual norte de la raza humana
Puro y tranquilo!

¿No á su luz ves, en la apartada orilla
De ese oceano tempestuoso, a'zarse,
Surtiendo flores, colosal y arpada
Sacra palmera?

De su follaje trasparente cuelgan
Verdes coronas, y ondeantes lirias
Que, en son etéreo, de la vida el canto
Blandas repiten.

Oyes?... Nos llaman los divinos seres
Que, la nocturna oscuridad surcando,
El corazón á despertar venían,

Castos amores.

Ellos acaso á la inmortal belleza
Nos lleven raudos, al íman superno
Que nuestras almas vagaroso atrae...

¡Vamos, hermano!

Corre á través del enlutado espacio
Genio de luz... yo seguiré tus huellas...
¡Oh!... ¡Qué horizonte de misterio y vida
Se abre á mis ojos!

Sordos rumores, conmoción estraña
La tierra inundan: su anhelosa vista
Al orto vago las naciones vuelven...

¡Santo silencio!

Ya del Eden, con soberano arrullo
Se eleva allá la virginal paloma
Que, al blanco sol de caridad precede,
Fausto lucero.

¡Serenos avanza, el Universo en gloria
Trasfigurando ¡Oh corazón potente.
De la espatriada humanidad! ¡Oh día!

¡Liras, decidle!

Las negras sombras del error vencidas,
Entonces Cristo reinará en la tierra...
¡Héle que llega en sonrosados iris,

Plácido y grave!

De polo á polo el sacrosanto leño
Sus brazos tiende, y á su abrigo cantan
Los pueblos todos con estruendo suave
Himnos de gozo.

¡Ah! ¡mira hermano!... A acompañar volamos
Ese concierto universal que suena
Del porvenir en la inefable sombra;

«¡Libre es el mundo!»

«¡Libre es el mundo!» en estrellada zona
Que á los eternos horizontes llega
Con caracteres de diamante brilla...

«¡Libre es el mundo!»

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

Julio de 1854.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.